

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 6 Mayo 1915.

Número 18.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ESPAÑA

Se ha trocado su faz de tal manera, que hoy nos parece fábula su historia y sus recuerdos de grandeza y gloria producto del ensueño y la quimera.

La nación que orgullosa y altanera pactó de igual á igual con la victoria, y pidióle al honor ejecutoria, y plantó en otro mundo su bandera,

Ya sin honor, sin gloria y sin coraje, fácil á los desmayos, degradada, insensible al desprecio y al ultraje, sin fe en sí misma ni esperanza en nada, rinde á toda ignominia vasallaje y ve llegar su muerte resignada.

JOSÉ NAKENS

Postal del jueves

¡Nos quedamos solos!

Amigo Nakens: ¿Se ha percatado usted del fenómeno? Nos estamos quedando solos en el palenque anticlerical, cacareando, como el gallo de Morón, y lo que es más triste, sin plumas.

El Sr. Dato, ¡Dios nos le conserve!, como es tan conservador, no da tregua á la furia del fiscal, y llueven las denuncias que es una bendición reaccionaria.

Con tan sencillo procedimiento, á los diarios y escritores anticlericales les está sucediendo lo que decía Melchor Cano que hacían los jesuitas con los hombres, que á los gallos los hacían pollos, y á los pollos gallinas, y en nuestro caso, gallinas sin huevos, que es todavía más afrentosa suerte.

¿Será obra esto de la reacción es-

piritualista que está elaborando la guerra europea? Averigüenlo las eminencias sociólogas, vulgo Azcárate, porque la verdad es que aquí en el solar de nuestros mayores (que fueron moros y judíos) todavía no ha sonado horrisono el cañón; y si aún no asamos y ya pringamos, como los galos, que piden á gritos la bendición del cielo en *Notre Dame*, ó los anglos, que impetran en la catedral londinense de San Pablo el exterminio germánico, no sé qué sucederá el día en que la victoria se ponga al lado de la nación más cristiana, y vuelva Maura al Poder.

Yo sigo con mucho interés las palpitaciones anticlericales de la Prensa avanzada de Madrid y provincias, y sólo veo por todas partes deserciones y retiradas. En Cataluña sólo ha quedado *El Diluvio* que maneja la férula anticlerical entre los rotativos; alguna pequeña revista da algún alarido de vez en cuando que apenas se oye y que ahoga enseguida el clamoreo de las revistillas católicas. Los demás diarios han hecho *mutis*, recordando sin duda aquella frase célebre de *Claudio Frollo*: «Los radicalismos no dan de comer».

En Madrid, vale más no señalar; si no fuera usted y su valiente semanario, y los bordonazos que da el P. Ferrándiz donde puede y le dejan, pues causó espanto en *Diario Universal*, *Nacional*, *Dominicales*, *España Nueva*, *Pais*, *Progreso*, y hasta en los órganos lerrusistas, el clericalismo gozaría de una paz envidiable.

¡Suerte como la suya! No da de comer, convierte á los hombres en autómatas y alcornoques, y sin embargo le sigue la turba intelectual como rebaño bovino, aunque siente sobre sus espaldas los latigazos del que guía la reata.

¡Nos quedamos solos! Unos se van asqueados de nuestras filas, al ver lo mal que se les trata y en lo poco que se aprecian sus inmensos servicios; otros al olor de las ollas de Egipto. No será difícil que dentro de poco la Prensa anticlerical lleve este frontis:

«Cerrada por defunción».

FRAY GERUNDIO

Respuesta

Amigo Fray Gerundio: No está usted en lo cierto al calificar de *fenomenal* el hecho de que nos vayamos

quedando solos en el palenque anticlerical. La convicción es ya palabra anticuada. Pasaron aquellos tiempos en que Garibaldi decía á sus voluntarios: «Pasaremos hambre, sed y toda suerte de trabajos y fatigas. ¡Vengan conmigo los que amen la Italia!»; y precisamente por hablarles así, lo seguían muchos.

Hoy, la mayoría se rige por estímulos contrarios. Hubiéramos podido nosotros decir á los republicanos y librepensadores que se han ido: «Tendremos actas de diputados á Cortes, de diputados provinciales, de concejales, de presidentes de esto ó aquello, y hasta credenciales de consumidores», y no se hubieran apartado tantos de nuestro lado.

¿Que nos quedamos cacareando y sin plumas?

—Lo último probará, en último término, que hemos peleado bien; y lo primero, que protestamos á gritos del abandono.

¿Que Dato denuncia la prensa anticlerical con furia?

—No le extrañaría á usted, si supiera que está sometido al jesuitismo tanto como Maura. Y el que se somete, no se pertenece.

¿Que por el procedimiento de las denuncias se transforma á los escritores anticlericales en gallinas, y lo que es peor, en gallinas sin huevos?

—Razón de más para que nosotros sigamos demostrando que no hay quien pueda transformarnos, y menos impedir que exhibamos los supradichos cuando se nos antoje. El que tiene una moneda de cinco duros es el que la cambia.

Dejo pasar adrede el párrafo en que usted alude á lo de la reacción espiritualista con motivo de la guerra. No creo en ella. Considérela una torpe manera de disimular la Iglesia la inmensa contrariedad que sufre al ver inminente su último fracaso.

Una religión que no puede evitar siquiera que sus adeptos se exterminen, ¿para qué sirve? Tengo el convencimiento de que cuando vuelvan á soplar vientos de espiritualidad, no vendrán del cuadrante religioso.

¿Que ahí, en Barcelona, los diarios han hecho *mutis* en la cuestión clerical? Una vez admitido que hoy los periódicos se fundan para servir intereses, no para difundir ideas, casi lo encuentro lógico.

¿Que en Madrid vivirían tranquilos los anticlericales sin la labor de Ferrándiz y la de EL MOTIN?

Y viven de ese modo, á pesar de eso; créalo usted. Teniendo á su devoción gobiernos que persigan, fiscales que denuncien, jueces que condenen y republicanos y librepensadores que callen, nada tienen que temer. Las voces de Ferrándiz y la de EL MOTIN se pierden en el vacío. Si yo supiera latín, aprovecharía esta ocasión para lucirme, exclamando: *Vox clamanti in deserto*.

¿Que la prensa y los escritores callan ó desertan de nuestro campo, porque los radicalismos no dan de comer?

—Según de la clase que sean: algunos no sólo dan de comer, sino de cenar. No hay verdades absolutas.

¿Que el clericalismo convierte á los hombres en autómatas y alcoraques, y no obstante, la turba intelectual lo sigue?

—Contestaré á esto cuando me entere hasta dónde alcanza hoy el concepto de intelectualidad, pues confieso ruborizado que no lo sé.

Y contestados los puntos principales de su artículo, le diré cómo veo yo esta cuestión de la soledad relativa en que nos encontramos.

Indudablemente no es agradable quedarse sólo, pese al antiguo refrán «más vale estar sólo que mal acompañado»; pero al ver que van muy acompañados los charlatanes y traficantes de ideas, ni me maravilla ni me molesta. La mayoría siguió á Barrabás.

¿Que esto que digo es contra democracia, puesto que ella se basa en el número?

Quizás. Voy perdiendo la brújula hasta en esto; tanto, que si me pidiesen hoy que definiera esa palabra, posible es que se me escapase alguna herejía. «El Gobierno del pueblo por el pueblo»; así se definía antes; y aun creo que en los diccionarios no se ha rectificado todavía la definición. Sin embargo, yo, ateniéndome á lo que hace tiempo veo, es probable que entrara en ganas de definir la de esta manera la que hoy se usa: «DEMOCRACIA.—La explotación del pueblo por algunos de sus hijos.»

Pero dejemos esto, que no viene al caso ahora, y sigamos divagando.

El quedarse solo, no siempre supone que se carezca de razón. A veces es prueba concluyente de que se tiene. Todo el que lanza ó propaga una idea que contradice las predominantes, se ve solo generalmente; y muchos de los que en los primeros momentos se le unen, lo dejan al advertir que la jornada es larga y la consecución del propósito tardía. Y esto no es de ahora: es de siempre.

No quiero pasar adelante, sin decirle á usted algo que seguramente le hará sonreír, y acaso pensar que voy perfeccionándome en la profesión de necio. ¿Querrá usted creer que cuanto más sólo me veo, más me afirmo en la idea de que la razón está de mi parte, y más confío en la llegada de un día en que, á despecho de cuantos hoy contribuyen á la farsa religiosa, ya por interés calculado, ya por cobardía inexplicable, la escoba de la equidad barrerá por completo las mentiras todas á la alcantarilla del pasado, para que comience por fin á ser una verdad la higienización moral de los corazones y de los espíritus?

Sí; yo tengo á ratos ante mis ojos la visión de un día, acaso no lejano, en que un ciclón de justicia saturada de cólera se lleve por delante las inmundicias religiosas, morales y políticas que inficionan el ambiente de la España de hoy, cobarde y degradada, dejándolo purificado, para que los hombres del mañana puedan respirar á pleno pulmón brisas vivificadoras. Y por tener á ratos esa visión, ayudo cuanto puedo á los pocos que desinteresadamente trabajan por anticipar la llegada de ese día, sin apenas fijarme en si me acompañan muchos ó pocos, salvo los momentos en que se me impone más abrumadora que de ordinario la realidad de la vida.

¿Llegará un instante en que el abandono sea tan completo, que me vea obligado á rectificar estas ideas? No negaré que pueda ocurrir. Pero hasta en aquel instante quedaría salvado mi amor propio. ¿Cómo? Recordando este hecho que me refirieron hace años, y que, si no ocurrió, debió haber ocurrido; hecho que le dará á usted la clave del por qué no tenemos más adeptos, y que me viene de perilla para terminar este artículo.

Allá por los años cuarenta y tantos del siglo pasado diz que vivía un dentista muy hábil en la calle de Alcalá, pasada la de Cedaceros. Al revés de la mayoría de los individuos de su profesión, no era dado al charlatanismo, y, por lo tanto, su clientela era escasa.

Servíale de criado un mozo, más bien bruto que listo, el cual limpiaba el gabinete y los instrumentos de operar, cobraba las cuentas, embetunaba las botas, todo por seis duros al mes y la comida; mas hete aquí que un día, y después de muchos circunloquios, le dice á su amo que había pensado irse á sacar muelas por los pueblos.

Al dentista le hizo gracia su atrevimiento, le dió unas cuantas lecciones, le regaló varias herramientas y le deseó buena suerte.

Pasaron tres ó cuatro años sin saber de él, cuando un día se le presenta muy bien vestido, luciendo varias sortijas y una cadena de la que pendían seis ó siete dijes muy llamativos, y le dice al abrazarle:

—Alcancé la buena suerte que usted me deseó. Haciendo barbaridades por esos pueblos, y teniendo que salir escapado de alguno para que no me apalearan, fui soltándome en el manejo del gatillo y ganando algunos reales. Me corrí luego á pueblos de más importancia, compré un coche, me eché un ayudante que tocaba el cornetín, y prospectos por acá, trompetazos por allá, y algún bombo que otro en los periódicos, aquí me tiene usted con mil duros ahorrados, sabiendo del arte de dentista poco más ó menos que cuando me fui de su casa. Y usted, ¿cómo marcha?

—Peor que cuando te fuiste. Cada día tengo menos clientes.

—Se comprende. Venga usted acá, añadió cogiéndole del brazo y llevándole al balcón.

Era domingo, había corrida y acababan de sonar las cuatro.

El inmenso hormiguero humano que hacia la plaza de toros caminaba, no permitía ver desde el balcón ni un palmo siquiera de terreno libre.

—¿Cuántos individuos, preguntó el excriado al dentista, cree usted que habrá en todo ese trayecto?

—¿Qué sé yo? Quizás ocho ó nueve mil.

—Y de esos, ¿cuántos supone usted que tendrán sentido común?

—Difícil es la respuesta. ¡Abunda tan poco ese sentido!...

—Tire usted de largo.

—Acaso haya cincuenta ó sesenta... Tal vez menos...

—Pues esos son los clientes de usted. Todos los demás son los míos. Ahora se explicará por qué dije antes que comprendía que tuviese usted tan poca clientela.

Hasta aquí el sucedido ó el cuento que recordaría yo, si me viese algún día más abandonado que hoy; lo que no creo.

Saque usted, amigo Pray Gerundio, la moraleja al cuento ó sucedido, y se explicará por qué nos vemos solos, cual les ocurrió siempre á los que subieron calvarios.

Con una desventaja para nosotros, si llegamos á la cima del nuestro; que no tendremos siquiera el honor de acabar entre ladrones, por la sencilla razón de que hoy son ellos los que crucifican, seguidos y aplaudidos por los mismos á quienes roban.

J. N.

La política y la justicia en el pleito de mi matrimonio

Me felicito de que desempeñe el ministro de Gracia el señor Burgos de Mazo: él será, dentro de la Magistratura, quien mejor podrá justipreciar en sus varios aspectos, el problema puesto a debate por ministros cuya competencia era asaz opinable.

Anteriormente vimos no ser la acertada religiosidad la promotora de este pleito, ni la electividad del Concilio de Trento, ley cubiletera del reino.

Barriobero abrió su réplica al Fiscal, señalando el hecho de la ingerencia política. Fué un acto del Gobierno, mediante una Real Orden, el origen del pleito.

Era facultativo del ministro dar ó no dar tal paso. Por tanto, este pleito de justicia tiene un origen político que le sirvió y le sirve de impulso.

Dos días antes de darse tal Real Orden, la prensa había publicado la noticia de una conferencia celebrada entre el Nuncio de S. S. y el Ministro de Gracia y Justicia.

Deber elemental de un ministro católico, es no acometer tales empresas de forzoso escándalo, sin contar ante con la autoridad eclesiástica competente: y deber elemental del Nuncio, es el tomar en consideración los hechos públicos en que se juegue con el nombre del Papa su poderdante. Es, pues, necesario suponer que en tal conferencia se trató del presente caso, y que el pleito surgió de un acuerdo mutuo, pues el ministro no lo habría acometido contra el parecer del Nuncio.

Muy bien podría yo ahora tratar de adivinar los preámbulos del acuerdo y las frases de los dialogantes. Por parte del Ministro del Rey, me servirían las reglas que el Vaticano tiene dadas como clásicas á sus agentes acerca del modo de negociar con los gobiernos. Por parte del Nuncio, tengo á mano la instrucción secreta que dió á sus procuradores en Roma el Consejo de la Inquisición apostólica, sobre el modo de tratar á los ministros del Papa.

Ambas reglas é instrucciones coinciden en tratarse reciprocamente unos á otros con el principio de «á lagarto, lagarto y medio». Y si alguien dijera que esto es injurioso para los agentes de ambas partes, pídale la cuenta á sus respectivos soberanos que así se han juzgado reciprocamente.

De este juicio recíproco, y como se ve católico, apostólico, romano y monárquico á carta cabal, despréndese que en los negocios de curia, la política es el principio y el fin; la justicia es el medio para lograr el fin y para disfrazar el principio. Esto es, que la política no es, como debiera ser, instrumento para realizar la justicia, sino que la justicia es utilizada como arma para servir á la política.

«Conviene que uno muera por el pueblo» fué el impulso político del proceso de Jesús. Al tribunal, movido por tal impulso, no le fué difícil llegar á esta conclusión: «según la ley debe morir». Y he aquí concordadas la ley y la conveniencia: la política y la justicia.

Así pues, aunque en los autos no se hace mención de acuerdo alguno con la Santa Sede, la naturaleza misma del asunto nos lo hace patente.

Es la misma lógica de que arrancó la Iglesia el dogma de la Concepción: el Nuncio como tal y el Ministro, como católico, querían, podían y debían tomar acuerdo: luego el misterio queda revelado.

Nos encontramos, pues, en un caso de política dinástica. En la balanza de la Justicia antes de entrar en el plato la causa, se hallan ya estas dos moles: Iglesia y Estado; aquella, invisible dentro de la naturaleza del negocio; este, actuando claramente en los primeros autos de real orden.

¿Cómo actuarán en el resto del litigio estas dos causas?

En los escritos fiscales, apenas se hablará

de ellas: aun se rehuirá aludir las. No actuarán, pues, en forma sensible: haránlo en forma insensible á semejanza de las energías universales.

El Estado vive en su funcionario; vive en él y por él; él es la realización visible y concreta del Estado invisible y abstracto.

También vive en el funcionario católico la Iglesia, según dijimos. No hay manera de sustraerse el juez á estas energías etéreas que le penetran, traspasan é inundan. El espíritu de cada funcionario obedecerá, por necesidad física, fatal é invencible, á la influencia astral de su conciencia religiosa y á la influencia magnética del Estado, que es para él la tierra.

A este propósito viéname á la memoria un hecho frecuente en aquella santa y sagrada Inquisición, real y apostólica. El Consejo general ordenaba á los de distrito votar las causas en sentido determinado. Los subordinados algunas veces hicieron presente al Supremo que, siendo así, mejor fuera ahorrar el papel y el trabajo del inferior, fallando las causas en definitiva, á lo cual el pudoroso y santo Consejo replicaba: «¡Desdichados! ¿No comprendéis que con esto estropearíamos el juego de las dos instancias? Votad vosotros así; el condenado apelará al Consejo... y el p ocedimiento quedará sano y salvo.» Si no se tratara de un tribunal puesto bajo el pabellón del Concilio de Trento, hecho ahora ley del reino, yo diría que tal farsa es el más sangriento escarnio de la justicia.

Mas, temo caer en manos de aquel Consejo apostólico y real, si tal dijera: y me limito á decir con piadosa devoción: «tal era la justicia real y apostólica... instituida por Dios—según decían en los sermones del auto de Fe—y que fallaba sobre el nombre de Cristo». Y me limito á cantar una copla que me enseñó el jesuita Padre García Frutos:

Una mujer hizo Dios
y esa engañó al padre Adán.
Si fué así la que hizo Dios,
¿cómo serán las demás!

Nada quiero saber de lo que de la Justicia española nos dijeron, con su consentimiento, en el Congreso, en periódicos y libros, Romero Robledo, Costa, Damián Isern, Maura y otros; ni de la nefasta influencia del clericalismo en ella, según nos contaron Montero Ríos, Canalejas y Sol y Ortega; ni de la soberanía nacional detenida en eso del matrimonio, según denunciaron en actos y discursos solemnes los Fiscales y presidentes del Tribunal Supremo. Nada quiero saber de la realidad, y aun quiero fingirme una magistratura intachable, capaces todos y cada uno de sus individuos de poner excepción á la sentencia suprema del Espíritu Santo: «todo hombre es falaz; maldito el hombre que confía en otro hombre».

Así y todo, sustraídos á toda humana miseria y colocados en el mejor de los mundos, me pregunto: ¿hay medio físico y moral de que la Justicia ocupe en cada instante el preminente lugar que le corresponda, teniendo los oficiales como influencias ambientes universales al decreto político de la Iglesia y del Estado, y, dentro de ellos, la fuerza immanente de la conciencia católica?

Yo desearía conocer el dictamen de las academias de Jurisprudencia y de Ciencias morales y políticas, y aun el de los psiquiatras para poder determinar si las tres causas juntas no componen por sí solas un «imperativo categórico».

Del hecho de «Justicia» seguiremos hablando: aquí acabaremos de tratar el hecho de Política.

Indudablemente, el acuerdo de ambas potestades es claro y definitivo: «procédase á declarar nulo el matrimonio debatido». Así conviene á la política de la Iglesia y á la del Estado.

Ante tal decreto, también yo heube de consultar á la ciencia política: heube de prever todo lo dicho, el curso natural del litigio, su terminación y sus consecuencias. Y antes de oponerme á la demanda del Fiscal,

era lógico me preguntase políticamente: ¿es posible el triunfo legal de mi matrimonio, en tales circunstancias? ¿Es oportuna y conveniente mi oposición?

La respuesta que me di, después de consultar el oráculo político, fué afirmativa. Por esto me opuse y me opongo á la demanda.

La explicación de tal actitud, quizás sea útil á mis compatriotas.

Del éxito en los tribunales, dudo. Para salir triunfante, necesitaríanse circunstancias que quizás no se den. Pero ¿es que este pleito terminará ahí, en la sentencia del Tribunal Supremo, ó al contrario, será la acción judicial un simple trámite previo para plantear la cuestión en el Parlamento? ¿Tendrá efectividad definitiva la sentencia de nulidad que se dé «según la ley española»; ó será solamente una especie de «cuerpo de delito» para evidenciar la enormidad, iniquidad, excepcionalidad y tiranía de la misma ley? ¿Al ahorcarme á mí de ella, vendrá una racha que ayude á las contorsiones del cuerpo ejecutado, á derribar la horca?

He aquí el verdadero problema político.

La política eclesiástica y dinástica del momento al incoarse el litigio, pudieron decretar la conveniencia de declarar la nulidad según la ley. A la política nacional permanente quizás pueda convenirle declarar nula la ley y la sentencia.

Y desde este punto de mira, convendrá preguntar: ¿fué político y discreto el acuerdo de poner en litigio mi matrimonio? Es decir: ¿fué prudente el provocar el conflicto que ha comenzado á darse, entre la política clerical y la política nacional? El triunfo de la ley en los tribunales no será uno de esos alardes provocativos de facultades secretas y veladas que de la modestia y el pudor vedan exhibir para no excitar apetitos impulsivos?

Seguramente á la curia romana podía convenirle ostentar en las sacristías el sambenito de la anulación de mi matrimonio, como escarmiento terrorífico del clero, esclavo del Papa. *Nulla redemptio*, venía á decir la sentencia. Pero, además de escribirse esto de puertas adentro en las sacristías, se escribirá en la plaza pública «del Senado y pueblo romano», que puede de un manotazo borrar el padrón de ignominia.

¿Sucedirá esto?

¿No sucederá?

Yo no sé lo que ocurrirá á plazo fijo. Sólo sé que con acuerdos políticos como el de la Real orden, España no podrá desatascarse del siglo de la Inquisición y seguirá siendo «brazo secular y verduguil de la Curia Romana». Y sé que con actos como el mío, es cómo se desatacan las naciones y los pueblos. Esto es cierto, y esto me basta.

P. O.

Parodia carnavalesca

Un periódico católico de los que aplauden á los alemanes que derriban catedrales y arrasan iglesias, relata un hecho que, de puro bárbaro, resulta hasta gracioso. Helo aquí:

«¡Que reine Dios!...

¡Dios reinará!

«Entre las tradicionales ideas católicas y la herejía protestante se ha dado una batalla en Piedralaves (Ávila), habiendo quedado de nuestra parte la victoria.

»He aquí el sencillo relato del consolador sucesos:

»Salieron de Madrid en dirección á Piedralaves el P. Miguel Alarcón, ilustre soldado de la Compañía de Jesús, bravo defensor de la fe, cuyos

hechos de armas son sobradamente conocidos: el convertido en Sotillo don Arturo Rodríguez, que ha ayudado cuanto ha podido al buen éxito de la misión, y las Marías que se habían presentado para ir á luchar y llevar á Jesús-Eucaristía los corazones de los que ni le conocían, ó le tenían por lo menos muy olvidado.

»No me es dado relataros uno por uno los actos de la misión de Piedrasalves...

»Pero lo que no quiero pasar por alto fué el momento de mayor emoción, se me figura, que hubo entre tantos como se dieron: el momento en que el infierno debió rugir, y ese rugido prolongarse hasta las casas—24 se contaron—en que habitaban los desgraciados enemigos de la fe católica, momento en que en el cielo se debió entonar un himno en honor y bendición al Rey de los reyes y Señor de señores.

»La escena parece arrancada á la Edad Media.

»Terminada la procesión, en que se llevó y colocó la Santa Cruz de la misión en la explanada que rodea la iglesia, al pie mismo de la Cruz que se acababa de emplazar como recuerdo de unos días de salud espiritual para el pueblo, se hizo un auto de fe.

»Las Marías habían recogido hasta 300 libros y folletos protestantes, que voluntariamente muchos, y tras algunas luchas, que al fin se desvanecieron otros, les entregaron los vecinos del pueblo. Y quisieron públicamente reducirlos á cenizas para que no quedase ni rastro de un veneno que de tal suerte les había enfermado el alma.

»Figuraos, lectores míos, el acto.

»Encendida la hoguera, comenzaron á levantarse hasta el cielo grandes llamaradas...

»Junto á la hoguera, los hombres, las mujeres, los niños, todos á una, con acento vibrante, con ardor más que humano, cantaban *Firme la voz*, cuyo refrán tan admirablemente encajaba en aquella ocasión: *La fe en España no morirá*.

»Consignamos gustosamente que el alcalde fué uno de los que con mayores bríos avivaron el fuego para que se quemasen todos los libros malsanos, y que fué al encuentro de las señoras últimamente citadas, llevando respetuosamente una placa del Sagrado Corazón.

»Asimismo el Sr. Chinarro, diputado provincial, procedió con mucha corrección y se puso á las órdenes de las Marías y del P. Alarcón.

»En cambio, lamentamos el ejemplo del secretario del Ayuntamiento, alquilando su casa á los enemigos de la religión del Estado, y protestamos de ello.

»Bendigamos al Señor, lectores

míos, por una victoria tan hermosa...»

Luis Zulueta, escritor cultísimo en un artículo publicado en *España* semanario de la vida nacional, (que merece ser leído por haberse agrupado en él unos cuantos escritores jóvenes que miran hacia adelante), ha dedicado al suceso un artículo, en el que se lamenta de que haya podido realizarse ese acto de intolerancia fanática y cree que con él han ganado los clericales una gran batalla.

Viéndolo desde este punto, todo cuanto en el artículo se dice no tiene vuelta de hoja; desde el que yo lo veo, lo ocurrido no es más que una parodia carnalesca que pone en ridículo á la Iglesia, pues demuestra lo á menos que ha venido.

Antes quemaba herejes á millares. Hoy quema sólo tres centenares de folletos.

Presenciaban los autos de fe reyes y príncipes. Hoy, un animal de alcalde y un mierda de diputado provincial.

Presidían los Domingo de Guzmán, los Cisneros, los Torquemadas. Hoy un zurupeto del jesuitismo, de esos que la Compañía destina á carne de cañón por concederles valor escaso.

Iban de comparsas y ayudantes gentes de alta alcurnia. Hoy destripaterrones que no saben la A, ni dónde tienen la pata derecha.

Altas damas asistían á la fiesta. Hoy concurren unas cuantas Marías, apartadas en su mayoría unas cuantas horas del plumero y el estropajo.

¿Pueden darse contraste más terrible, descenso mayor, derrota más grande?

Por otra parte, ¿qué ramplonería y cursilería en la descripción del auto!

¡El bravo adalid! (aplicado á un quemalibros)

«¡Grandes llamaradas levantándose hasta el cielo!» (producidas por unos cuantos pliegos de papel, que arden muy mal cuando están encuadernados.)

¡Alcalde que avivaba el fuego con bríos! (pesaroso tal vez de no tener á mano unas castañas para asarlas en él).

«El alcalde recibió á las Marías respetuosamente» (sí; con la galantería característica en los descendientes directos de aquellos dos del cuento de Cervantes, que no rebuznaron en balde cuando fueron á buscar el burro).

¡Cuánta necedad y cuánta pampirolada!

Créame el amigo Zulueta; una mascarada de esa clase no merece que un hombre de su valía la tome en serio.

¿Que debe tomarse en serio por su significación? Convenido. Pero como esta escrescencia social, el clericalismo, no puede ya desaparecer sin una operación quirúrgica, dediquémonos los hombres de buena voluntad á preparar los ánimos para hacerla en ocasión oportuna, sin indignarnos mucho ni apenarnos en demasía.

Y allá va una idea que acaba de saltar en mi mollera.

¿Por qué, así como hay cuadrillas de cómicos, titiriteros, y novilleros, no se forman unas cuantas de jesuitas y Marías, con alcaldes y diputados provinciales arrimados á... á... (por poco no digo á la cola, ¡lo que se imponen las frases hechas! arrimados á la fe, que vayan de pueblo en pueblo celebrando autos parecidos al realizado en Piedrasalves! Estamos tan aburridos que nos vendría distraernos un poco.

Si se acepta la idea, conste que no pediré por la propiedad ni siquiera lo que cobra un cura por una de esas misas que trasladan almas del Purgatorio al Cielo. La cedo gratis.

¡Aprovechad la ganga, explotadores de industrias clericales!

A un fiscal y á muchos

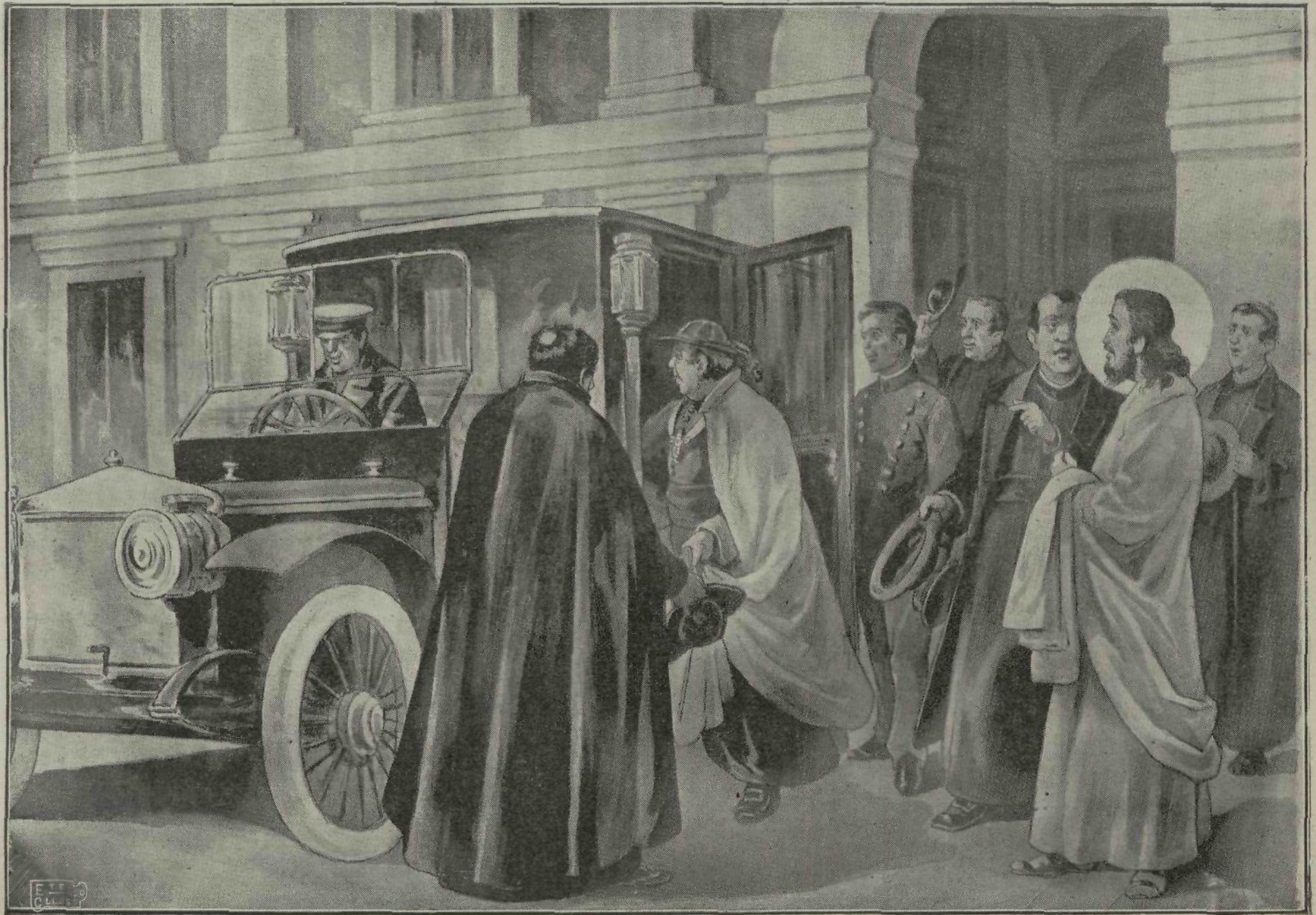
Epístolas morales

No abramos discusión, amigo mío sobre materias demasiado hondas. Contra las opiniones opuestas que pudieran alegarse, yo creo que la responsabilidad judicial existe siempre y se hace siempre efectiva. Su efectividad cambia sólo de lugar, de forma y de tiempo. Cuando el Estado asume la responsabilidad, declarando irresponsables á sus funcionarios, tarde ó temprano es el Estado quien paga las consecuencias, ya en la persona del soberano, ya en la persona de la forma de gobierno, ya en la de la clase social que salió aprovechada de la injusticia. La fermentación es inevitable.

Y en esta ley moral, síguese la ley física, de que el mayor período de tiempo se compensa luego con el mayor estrago.

Esta creencia nos lleva como por la mano á otro juicio importante, es á saber: que el elemento más disolvente y más pestilente de una sociedad es la injusticia de la justicia social.

Esto que suena á novedad en muchos oídos, era viejo en tiempos de Aristóteles, Licurgo, Salomón y Lao. La fórmula escrituraria es concisa y hermosa: «la Justicia y la Paz, se besan». ¿Qué puede concebir la Iniquidad, y qué puede parir la Injusticia,



(La explicación en la página siete.)

Ayuntamiento de Madrid

sino el monstruo del odio y de la guerra, en una u otra forma?

Ya ve, pues, cómo el delito del magistrado, ya sea en daño del reo ya en daño de la ley, es siempre vengado. Cuando la ley social hace indemne la persona del magistrado y no consiente vindicar en su cabeza el agravio, es la *ley social* la castigada y el castigo se ejecuta donde y cuando menos se piensa, aplicándose, instintivamente la doctrina aquella del tiranicidio, que algunos creen ser propia de los jesuitas y que se enseña en la Teología tomística como «ley natural, universal, divina é inexcusable».

Si hay funcionarios que esto ignoran, su pecado de ignorancia es asaz grave: y pecado más grave del Estado es confiar á manos ineptas el manejo de arma tan formidable. Si lo saben, y si fiados en la indemnidad personal se atreven á cometer la injusticia cargando sobre la *persona pública* la culpa de su falta personal, su delito adquiere un tono de alevosía que llega á la repugnancia y á la vileza.

Usted verá ahora, si un espíritu recto y verdaderamente moral, puede proceder de ligero en oficio tan rodeado de escollos.

¿Hasta qué punto—me pregunta usted—puede un fiscal en la actual situación de España servir los intereses de la Iglesia? ¿Puede descargar él su conciencia sobre la conciencia del prelado eclesiástico que ordena un acto determinado?

¡Donosas preguntas son éstas!...

En cuanto á la última, le diré á usted que á principios del siglo xvi corrió por España una secta, todavía indefinida, cuyos individuos, á cambio de tales ó cuales gajes, «cargaban sobre sí las responsabilidades de los otros.» Esta secta fué perseguida como herética y al parecer exterminada. De ella fuese quizás rebrote ó raíz la teoría jesuita de la obediencia ciega, hoy tan en boga, puesta por San Ignacio como base de la santidad y como vehículo seguro de salvación. Ofreciéronle reparo sus domésticos y les respondió: «el superior debe saber lo que manda; el inferior no necesita saber lo que obedece; bástale obedecer», como si dijera: el que obedece acierta siempre, aunque el mandato sea errado. Usted sabrá si esto se halla conforme á la sentencia de Cristo: «si un ciego dirige á otro ciego, ambos caerán en el abismo, el director y el dirigido»; lo cual concuerda con otras máximas de á Dios hay que obedecer (esto es, á la conciencia) y no á los hombres (aunque se llamen Papas).

Si le hablase á usted en católico, le diría, respondiendo á su pregunta: ¿Se conforma usted con ir al infier-

no, con tal de ir acompañado del obispo? En tal caso obedézcale y sígale. ¿Quiere usted salvarse? En este caso vea usted si su obispo va camino del infierno ó no, pues parece bastante difícil llegar á un sitio siguiendo el camino distinto y de distinto plano.

Que tal sea la doctrina dominante y la corriente general, no lo discuto. También *dominan y corren* las pestes, las enfermedades, los vicios y las degeneraciones.

Pero, á presencia del cólera, ó de la peste, nadie va en su busca, antes bien huye cuanto puede. No olvide usted que el hecho de la *apostasía universal de la Iglesia* es un dogma tan sagrado como el de la Trinidad; y es también dogma, que, lejos de confesar su apostasía, jurará lo contrario.

He aquí por donde no vale el hacerse el ciego, el sordo y el necio, para poder montar sobre las espaldas de los otros. El camino de la virtud, y de la moral, ó si usted quiere del cielo, debe andárselo cada uno á pie, por sí mismo.

En cuanto á la otra pregunta, la respuesta es mas fácil y más difícil, según se mire.

¿Qué puntos de contacto pueden tener la iglesia y un Fiscal? Este trata de las cosas de la tierra en nombre del César: aquella, del reino de Dios, y del cielo. Muévense, pues, en planos distintos: su contacto parece naturalmente imposible; y así, respondo con el Evangelio: ¿qué tienen que ver entre sí, Cristo y Belial?—A Dios lo que es Dios; á César lo que es del César.

Pretender el César elevarse al plano de Dios, es un escalamiento, asalto y allanamiento impío, en aquel sentido en que San Agustín decía ser calumnia contra Dios y pecado imperdonable, el suponerle autor de cosas humanas y cómplice de acciones impropias. Descender Dios, de su augusto trono de Justicia absoluta, al miserable solio de la humana miseria, es profanarse; y una y otra cosa son contrarias á la ley fija y terminante: «Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres.»

¿Qué pactos tuvo Cristo con los fiscales? ¿Cuáles tratos tuvieron los apóstoles? ¿Cuáles los genuínos cristianos?

Pues... «esos son los únicos tratos lícitos entre la Iglesia y los Fiscales posteriores... porque no ha de ser de mejor condición el discípulo que el Maestro, ni el leño seco que el madero verde.»

¿Es cristiano auténtico, lo que se acaba de decir? En tal caso, la respuesta queda dada: usted, como Fiscal, no podrá tener con la Iglesia de

Cristo, más trato que el señalado por Cristo, siendo inútil todo empeño contrario.

Ahora—dirá usted—el trato es distinto...

Sí, ¿eh? Distinto, ¿eh? ¿Es decir, que Cristo ha cambiado su modo de ser, ó ha vuelto del revés sus doctrinas? ¿O han dejado de ser poderes mundanos los Fiscales; y el diablo se ha hecho fraile de veras? ¡*Risum teneatis!*...

Ya ve, señor mío, cuánta miga tiene la pregunta. ¿Qué puede pedir á un fiscal del Rey, la Iglesia? ¿El cielo? Ya lo tiene. ¿La tierra?... En tal caso, le digo con San Pablo (autoridad del estado católico): «Si realmente resucitastes con Cristo, busca las cosas de arriba y déjate de las de abajo»; pues si haces lo contrario de afanarte por las cosas de abajo, ya con ello afirmas que no estás con Cristo y que eres Iglesia de otra procedencia.

¿No le parece á usted clara tal doctrina?

Mas, si alguna duda le restare, quízsas se la desvanescan los propios cánones eclesiásticos.

¿Sabe usted cómo trata á jueces y fiscales la Iglesia, en estos cánones santos? Como *irregulares* para ser ministros suyos. «Todos los jueces y todos cuantos intervinieren en juicios criminales, son irregulares é incapaces de recibir lícitamente las sagradas órdenes».

¿Por qué?—preguntará usted; y le responderán los teólogos moralistas: «por falta de lenidad espiritual» ó sea por causa de la crueldad que presuponen tales oficios». Por esto—dicen—la Iglesia los tiene incapacitados y rebajados al nivel de los degenerados ó depravados de otros órdenes, cuales son los «locos de remate, lunáticos, furiosos, epilépticos, enérgimenos, idiotas; los contrahechos, ciegos, sordos, mudos, tartamudos, desnarigados y gibosos; los hijos fornicarios, adulterinos é incestuosos; los esclavos y atados con juramento á oficios seculares; los bigamos, los carniceros, los soldados voluntarios de oficio; los infames é ignominiosos; los acusados de sodomitas, simoníacos, adúlteros, usureros y salteadores; los homicidas y sanguinarios; los sacrílegos, excomulgados, heresiarcas y apóstatas; los asesinos, homicidas é incendiarios. Todo esto se halla en las Decretales, *ex. cap. Significasti, cap. ad audiendum. Decret. part. I. dist. 36. can. I. y l. I. tit. 18.*, etc., explicados profusamente por canonistas, moralistas y teólogos, cuya lista llegaría de París á Londres.

¿Le sorprende á usted el parrafillo? Pues, sepa que si vamos á sacar la salsa de los escritores sagrados, los dichos textos serán tortas y pan

pintado, y aun veremos ser friolera al lado de otros textos por aducir.

¿Está usted satisfecho de la compañía qua, para el caso, le da á usted la Iglesia? Pues ¡hay que resignarse! La ley es la ley... y esta es ley del reino.

En Seminarios y Universidades se enseña de oficio: los oficiales judiciales son irregulares como el lunático, el pervertido, el infame, el asesino y el desnarigado... Son monstruos del espíritu, como los otros son monstruos de la moral ó del cuerpo...

Ya le estoy viendo á usted pasmado y boquiabierto, á presencia de tales cánones. En otro país, un escritor imparcial los llamaría «escarnios de la Justicia». Este calificado, en España, constituirá un «escarnio religioso»; y el propio tribunal civil ¡el propio tribunal Supremo! habría de allanarse á este fallo, que tendría visos de tremenda palinodia, y habría de ponerse sobre su cabeza este sambenito.

La Justicia oficial, es, pues, para la Iglesia, una institución «cruel por naturaleza y falta de lenidad, hasta lo monstruoso».

¿Qué puede pedirle la Iglesia á tal árbol?

Para responder católicamente á tal pregunta será segura regla la palabra del Maestro, que dijo expresamente: «No puede dar peras el olmo, ni fruto sano el árbol dañado», según lo cual, así «como por el fruto se conoce el árbol, así por la naturaleza del árbol se conoce la del fruto.»

Según esto, á la *crueldad natural* no cabe pedirle más que *crueldades* y *enormidades*; y si la Iglesia, según los textos alegados, reputa á los funcionarios de la justicia como de naturaleza crueles hasta la monstruosidad, cuando acuda á pedir algo de ellos en sus funciones, ¿no habrán de ser enormidades?

P. O.

Comparación desagradable

Telegrama publicado en *El País*:

«Sevilla, 1.—El célebre cura Fernando Jurado, que el Jueves Santo trató de asesinar á una joven en la calle de las Serpes, de Sevilla, va á ser puesto en libertad con fianza de 1.000 pesetas.

Aunque se trata de un asesinato frustrado, de un insolvente sin domicilio, de un cura de quien no se atreven á informar su buena conducta, la Iglesia lo protege secretamente.

Se procura que se vaya á Améri-

ca, eludiendo la acción de la justicia, para evitar el bochorno y el escándalo del juicio oral.

El sacerdote Jurado es amigo de un cura sevillano llamado Bernal, que se fugó á Santiago de Cuba por un asunto muy ruidoso con una señorita.

Este le tenía ofrecido enviarle los pasajes, y muchas veces había manifestado su propósito de marcharse á América.»

Conste que me tendría completamente sin cuidado el que ese cura se sustrajese á toda pena. Donde tantos crímenes quedan impunes, ¿qué importaría que quedase uno más? Esto aparte de que en todos los de esta clase cometidos por clérigos, culpo en primer término á la Iglesia que estableció y mantiene el celibato.

Y conste también, que si copio el telegrama, más que por dar la noticia, es por hacer una comparación.

A Pey Ordeix, procesado por un artículo del que ha declarado no ser autor, se le han exigido *dos mil quinientas pesetas de fianza* (que ha prestado) para dejarle en libertad.

A ese desdichado clérigo que hirió á una joven el Jueves Santo, sólo le exigen mil.

Indudablemente Pey Ordeix fué un msjadero al dejar la Iglesia.

En ella tenía asegurado el *manrró*, y aun la *brinsa*, es decir, el pan y la carne de por vida, lo cual equivale al premio gordo de la lotería de Navidad en estos tiempos.

Y un gran porvenir en perspectiva, dado su talento y su cultura.

Y consideración y respeto, por parte de señoras amables y esposos complacientes.

Y, en fin, facilidades para esto, aquello y lo de más allá.

Y teniendo todo eso asegurado, é impunidad casi absoluta para las distracciones que padecer pudiera, se viene á este campo

donde no brota una flor,

y en donde, si se le antojase un día imitar á ese cura de Sevilla (que no se le antojará por haberse unido legalmente á una mujer) pedirían los clericales que lo agarrótasen diez ó doce veces.

Todo esto me incita á versificar:

Apurar, cielos, pretendo
no por mí, por los demás,
cómo se delinque hoy más,
si matando ó escribiendo;
aunque al ver lo que estoy viendo
respuesta no necesito;
me la dan á voz en grito
los periodistas honrados
que están presos ó emigrados
por opinable delito.

Sólo quisiera inquirir
(para calmar mis desvelos,
dejando á una parte, cielos,
el delito de escribir),
qué causa puede influir

para extremar el rigor
con un honrado escritor
que, aun habiendo delinquido,
ni en la ignominia ha caído,
ni mancillado su honor.

¿Que lo autoriza la ley?
Por esto al juez no condeno,
mas me siento de ira lleno
al ver que se iguala á Pey
con la desgraciada grey
que sólo en el crimen piensa.

Asociación de la Prensa:
si en estos casos no chistas,
¿no dirán los periodistas
que abandonas su defensa?

Explicación de la lámina

Va Jesús por la calle, ve á la puerta de un palacio suntuoso á un señor vestido con un traje extraño, al que rodean otros en actitud humilde, y pregunta á uno de ellos:

—¿Quién es ese señor á quien todos rinden acatamiento?

—El Excelentísimo Señor Obispo de esta diócesis.

—¿De qué religión?

—De la católica.

—¿De la que predicó el que no tenía ni una piedra donde reclinar su cabeza?

—Sí, señor; de la que San Pedro fué el primer obispo en Roma.

—(¡Pobre Pedro! ¡Quién te hubiera dicho que tus sucesores te pondrían en caricatura! ¡Tú tan sencillez de corazón como exento de vanidades mundanas!)

Cosas que he dicho

Más cosas
que he dicho

EN SERIO
Y EN BROMA

Trozos de mi vida

Clericalismo en solfa

TRALLAZOS

Picotazos en la cresta

Chaparrón de milagros

Milagros comentados

YO, HABLANDO DE MI

POR

José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

La simonía

por

ROBERTO ROBERT

resuelto á no reinar contra la voluntad de aquellos fieles; á mas de que si su familia había gastado dinero en comprarle el pontificado, ya que al fin no se lo dejaban gozar, parece natural que procurase sacar de él todo el partido posible y no lo diese de balde; que con un par de negocios así, pronto se irían al suelo las familias mejor acomodadas.

Sea de ello lo que quiera, la Iglesia celebró Concilio en Roma en 1047, y condenó como herejías así el comercio de las cosas sagradas ó como el matrimonio de los clérigos. ¿Podía dar mejores pruebas de buena voluntad?

No tiene duda que al cabo de dos años quiso León IX celebrar otro Concilio en Reims con el mismo objeto, y que los altos dignatarios de la Iglesia y del Estado hicieron todo género de diabluras para impedirlo, á consecuencia de lo cual sólo asistieron al Concilio veinte obispos y cincuenta abades; pero aquí los culpables fueron los prelados y de ningún modo la infalible Iglesia.

Porque, no hay que olvidarlo: cuando el Papa hace algo en favor de la moral, aunque todo el clero se le resista y le combata, el Papa es la Iglesia; pero cuando el pontificado se compra y vende, y se hace adúltero, ó parricida ó incestuoso, ó cualquiera otra cosilla semejante, entonces el Papa no es la Iglesia.

Digo más: entonces ni siquiera es culpable el Papa; quien tiene la culpa es la pícara corrupción de los tiempos, que irrespetuosamente, aunque con permiso de Dios, suele hollar *pauperum tabernas regumque turres*, como decimos los eruditos. Gregorio VI fué también destituido por simoníaco...

Pero como decíamos, aunque las disposiciones de los Concilios no daban resultado, no por esto se cejaba en el empeño de corregir á los eclesiásticos, que no eran la Iglesia, siempre correcta é inmejorable.

Porque no olvidemos tampoco que la Iglesia fué siempre perfecta. Cuando era lícito el matrimonio de los eclesiásticos, la Iglesia vivía en perfecto acuerdo con los eternos é inmutables principios que Dios le había revelado al fundarla, y cuando

declaró herético ese matrimonio, también siguió de acuerdo con los inmutables principios susodichos.

¡Ah, qué menudear de Concilios fué aquél!

Concilios en Italia, Concilios en Francia, Concilios en Alemania.

¡Qué viajar de obispos y abades! ¡Qué deliciosamente olian los guisos por donde ellos pasaban!

Ya se ve, la Iglesia podía hacerlo, porque entonces era rica...

Digo mal, eran muy ricos los pobres cuyos bienes administraba ella.

Pues sí, hubo Concilio en Maguncia en 1049; húbolo en Mántua en 1052; en León de Francia en 1054; en Ruan en 1055; en Tolosa de Francia en 1056; en Roma en 1057; otro en 1059 y otro en 1063; uno en Turs y otro en Viena en 1060, y en Leira, Auch y Tolosa en el mismo año, y en Winchester en 1070, y en Plasencia en 1095; Concilio famoso, al que asistieron doscientos obispos de Italia, Francia y Alemania, cerca de cuatro mil sacerdotes y treinta mil laicos.

Entonces se hizo la grande obra. Se prohibió celebrar los santos misterios á los sacerdotes que seguían viviendo con sus mujeres, y se prohibió á los fieles que de tales sacerdotes se sirviesen, si bien se les permitió que continuasen pagándoles como antes.

Dicen que eran tan grandes entonces la incontinenencia y la simonía, no de la Iglesia, pero sí de los sacerdotes italianos, que habiendo enviado el Papa al severo Pedro Damiano á Milán para castigar á los culpables, llegó éste á espantarse del número y prefirió echar un velo sobre lo pasado y proclamar una amnistía.

Yo casi no me atrevo á creer todo lo que se ha dicho de la corrupción de los obispos de entonces.

Pedro Damiano, como vivió en tiempo en que los hombres no éramos tan incrédulos, lo creyó todo, según parece, porque dice que con tal de no desagradar á los principes, que tenían el patronato de todo lo de la Iglesia y hasta daban las abadías á los laicos, los obispos no reparaban en pagarlas en dinero y en bajezas, adulando al príncipe cuyas propensiones procuraban estudiar, obedeciendo el menor capricho suyo, aplaudiendo cuantas palabras salían de su boca, y haciendo para él versos sobre cualquier asunto.

¡Condenarse á tan larga servidumbre, añadir, hacer de parásito y

de bufón por llegar á ser obispo, es pagar bien caro los honores.

Ahora reparo en que esto es muy fuerte.

Es demasiado fuerte, casi me arrepiento de haberlo copiado. Casi, nada más.

El Papa echa en cara á los prelados anglo-sajones la ignorancia, la corrupción y la simonía.

¡Nos estremecemos al pensar en los rugidos que con aspereza episcopal y anglo-sajona resonaría entonces por las islas británicas!

A poco el Papa manda llamar á los arzobispos de Colonia y Maguncia y al obispo de Bamberg, y cuando los tiene delante, les acusa de haber comprado por dinero su dignidad y de estar vendiendo los cargos eclesiásticos.

Entonces obispos y clérigos se unen contra el Papa: la defensa de sus rentas, obviaciones y familias les ata á todos con un mismo lazo; entonces se celebra en Roma un Concilio cada año; se excomulga al emperador, se destituye por docenas á los arzobispos y obispos, y se condena por centenares á los clérigos.

¡Ah, qué glorioso período!... No porque se condenase á centenares de clérigos y á docenas de obispos, sino porque á unos y á otros se les mejoraba.

El mundo católico se dividió en dos bandos: uno del Papa, otro del emperador. El Papa era inteligente: echó una mirada alrededor, y vió en todos los pueblos cierta inquina contra los sacerdotes. Comprendió enseguida que dirigiendo bien aquella mala pasión, podía dársela desahogo y hacerla contribuir al bien de la humanidad, y...

Al poco tiempo ya no fué en los Concilios, sino en las ciudades, villas y aldeas, en medio de la calle y en la plaza pública, donde recibieron ruda corrección los malos sacerdotes.

Los había en todas partes, porque si bien la Iglesia era pura é inmaculada, el concubinato y la simonía se habían hecho generales; pero desde que el Papa se propuso, como hemos dicho, encauzar y beneficiar el odio de las muchedumbres á los clérigos (odio momentáneo, por supuesto), donde quiera que había frailes se amotinó la plebe contra los clérigos. Hubo una insurrección en cada parroquia.

(Continuará).

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID